

Soluciones del pasado a conflictos del presente: tradición religiosa y educación en *Caminos del recuerdo* de Antonia Sáez

José R. Colón Fuentes
Universidad de Puerto Rico, Arecibo

La obra *Caminos del recuerdo* (1969) de Antonia Sáez (1889-1964) se puede entender como defensa de la fe católica. Tradición letrada y experiencia religiosa están íntimamente ligadas en el texto. El relato de la vida que se nos ofrece sirve de apología de la fe religiosa que se hace presente y en cierto modo se apropia del relato para utilizarlo a su favor. Sáez nos da la historia de su vida para reforzar la experiencia religiosa, pero esta experiencia está unida a una visión gloriosa del pasado. La memoria destaca la añoranza de una posición de privilegio que en el momento de narrar no se tiene. Se trata de una defensa del sistema colonial vigente a fines de siglo pasado, defensa de la sociedad de haciendas. La memoria de Sáez al defender la fe católica y al denunciar las condiciones del presente se convierte en una defensa del sistema de hacienda colonial bajo el dominio de España.

La memoria de Antonia Sáez presenta un protagonista que se sitúa de manera más clara en la tradición del letrado latinoamericano que lo que presentan las memorias de Carmen Luisa Justiniano y Esmeralda Santiago, dos puertorriqueñas que también escriben sus memorias después de mediados de siglo XX. Ella se posiciona dentro de la ciudad letrada desde un principio en su vida: “Mis lecturas, la sabia orientación de mamá, los comentarios que en casa hacíamos de lo que se leía, de lo que se oía en el teatro, me

habían dado el trasfondo necesario.”¹ Comienza la obra con un poema de Antonio Machado para demostrar la posición de autoridad letrada desde la que nos habla. Asume la voz de educadora, función que desempeñó por más de 30 años en distintas instituciones de enseñanza como, por ejemplo, la Universidad de Puerto Rico. Pudo publicar, no sólo su memoria sino también libros de investigación, entre ellos *El teatro en Puerto Rico* (1930) en el que analiza la obra de Alejandro Tapia y Rivera.

Caminos del recuerdo tiene la finalidad de reflexionar sobre el camino espiritual que se ha seguido. El pasado no debe ser olvidado porque dio las oportunidades necesarias para llegar a ser lo que se es en el presente. Sáez se expresa desde una posición que refleja la influencia de dos mecanismos de reproducción ideológica: las instituciones de enseñanza y la iglesia. No elabora una memoria a partir de la posición de marginalidad en la que se encuentran Carmen Luisa Justiniano u otro escritor de memorias puertorriqueño como Andino Acevedo.² Ella parte de una experiencia de satisfacción al final de sus días:

¿Habrá nuevas andanzas? ¡Quién sabe! Nadie puede hablar del mañana. Sea lo que fuere, muchos o pocos los años de vida que me resten en este mundo, siempre habrá nuevos motivos para agradecer al Señor todas las mercedes que me ha concedido—alegrías y dolores—porque con el dolor ha templado mi alma, ha enriquecido mi espíritu, ha ennoblecido mis actos.³

El ver el éxito en la vida como fruto de la experiencia religiosa católica, le sirve para fortalecer la visión que ha moldeado el proceso histórico puertorriqueño y que es herencia de la evangelización de España. Le sirve como apoyo a una institución que representa la continuidad del proyecto letrado en la isla después del cambio de metrópoli.

Este reforzar la vida como proceso espiritual obedece a una resistencia a los cambios que ocurren en el momento en que escribe. Busca servir de obstáculo que se interponga en el camino de los extranjeros que no participan de la misma fundación religiosa y que han tomado el destino, el camino, de la isla en otra dirección. Quiere hacer a la conciencia religiosa actuar. Sáez representa la continuidad de dos aparatos ideológicos que están en conflicto en el momento en que ella vive. El aparato religioso y el educativo buscan lograr fines sociales y políticos distintos. El aparato religioso desde la experiencia de Sáez busca fortalecer la experiencia criolla frente a la presencia de fuerzas que vienen de afuera y que imponen otra trayectoria en el proceso espiritual del pueblo. El aparato educativo en el que se forma sirve a los propósitos asimilistas de las administraciones de los Estados Unidos en Puerto Rico.

En este sentido la experiencia de Sáez desafía el modelo del pensador francés Louis Althusser en “Aparatos ideológicos del estado” y de Ángel Rama en *La ciudad letrada* pero esto obedece a la situación colonial y de carencia de estado en el caso de Puerto Rico donde las instituciones locales experimentan el cambio de metrópolis.⁴ Ella escribe desde su pertenencia e identificación a aparatos de gobierno que están perdiendo fuerza en el control de la sociedad. Camina entre dos mundos. Como mujer logra un puesto en una ciudad letrada marcada por los programas de modernización que impulsa la nueva administración colonial, pero su lealtad de letrada se debe al mundo que va desapareciendo, al mundo de sus padres, al de su niñez. Desde el aparato ideológico religioso se quiere llegar a un fin que no es común a los otros aparatos estatales coloniales de la primera mitad de siglo XX. Contrario a los nuevos tiempos que vive, busca fortalecer los intereses de las clases locales que están en peligro de perder la

hegemonía de la que disfrutaban y que a medida que pasa el tiempo se experimenta como menos.

La nostalgia por la pérdida de una época pasada que fue mejor queda ilustrada en la manera en que se presenta a los padres. Las figuras del padre y de la madre en la obra de Sáez son distintas a la que vemos en la obra de Carmen Luisa Justiniano o en la de Esmeralda Santiago. Para reforzar el pasado como época que fue mejor Sáez presenta a sus padres como figuras ideales, lo que entra en conflicto con la imagen que nos da del momento en que empieza su formación bajo el nuevo gobierno colonial. Sáez en las escenas de violencia de las llamadas partidas de “tiznados” que presenta nos brinda una realidad que destaca el trauma del paso de manos de un poder colonial a otro.⁵ Veamos:

En cambio, ¡qué de angustias y pesares en los años 1900 y 1902! Primero, la gravedad de mamá al nacer Pepe, y luego las luchas políticas y «las turbas» que nos tenían siempre esperando lo peor. Tan pronto oscurecía empezaban nuestros sobresaltos, porque se sabía que cada noche alguien, podía ser papá, sería apaleado a muerte. Papá nunca dejó de asistir a la tertulia de la botica, a pesar de las amenazas de muerte de que había sido objeto, y papá nunca cargaba encima ni un cortaplumas. Su única defensa era León, el perro fiel.⁶

Con la representación del presente como un tiempo de degeneración se justifica en cierto sentido el regreso al pasado o a la presencia española que son representados por el grupo de personas en la botica. Es la escena de violencia la que indica que el presente ya no le pertenece. Un pasado idealizado a pesar de la violencia que ocultaba. Esta escena trata del paso traumático a un presente que presenta fuerzas a las que no se puede controlar como se hacía en el pasado.

Sáez quiere presentar cómo los cambios al nivel del presente, de dominación extranjera, son negativos y dañinos. Para esto utiliza la imagen de una isla débil, que

pierde terreno, económica y militarmente atrasada y ante todo que corre el riesgo de ser dominada enteramente por nuevas fuerzas económicas y espirituales que están relacionadas a la “turba” que ataca la botica. Según la narradora, las “turbas” fueron liberadas por la presencia norteamericana y el Partido Unión como nueva fuerza política de los hacendados les pone fin: “Pero no hay mal que dure cien años, las amarguras, las persecuciones, los abusos, terminaron con el triunfo del Partido Unión de Puerto Rico”.⁷

Desde el aparato ideológico educativo se está condenando el imperialismo norteamericano, presente en Puerto Rico y deseoso de dominar otras tierras y gentes a las que la narradora ve como propias. La autora participa del sentimiento criollo que se da en Hispanoamérica a principios de siglo XIX casi cien años después. Al igual que Alejandro Tapia y Rivera, se encuentra entre dos mundos, entre el mundo criollo y el mundo de la realidad española en la isla y el de su ascendencia.

Los recuerdos de Sáez están en conflicto con el servicio que le debe al aparato ideológico educativo. Su voz se convierte en expresión del poder religioso, de la tradición y a la vez es ejemplo del “avance” del aparato educativo que le asegura una voz como maestra. Su figura se pierde en los recuerdos y vive en un presente que representa un reto. El relato es un ejemplo de la conflictividad en que entran los distintos aparatos del estado en una realidad que es doblemente colonizada:

Redoblaron los tambores, sonó el *Star Spangled Banner* y lentamente subió al tope del asta la bandera americana. Sentía que la mano de papá apretaba la mía con fuerza y creo haberle oído decir: «Dios quiera que no sea señal de un nuevo amo».⁸

También ejemplifica lo que Julio Ramos llama “desencuentros de la modernidad”.

Tenemos una figura letrada que no encuentra un lugar desde el cual poder hablar con

autoridad. La modernidad desplaza el poder tradicional del letrado.⁹ Su posición como maestra es contradictoria, la obra no recoge la expresión de alguien que esté satisfecho de haber sacado al país del atraso. Todo lo contrario. Constituye un lamento de lo que se ha perdido.

Antonia Sáez insiste en el carácter ejemplarizante que quiere que tenga su memoria. Ella no quiere que se pierda el pasado porque éste fue un tiempo mejor para todos. No existe una condena del pasado como hace Tapia. Para Sáez el pasado es glorioso y los elementos que descomponen la ciudad desde la que habla son elementos del presente: “Esta plaza, en el presente, evoca todo un pasado hermoso y me entristece la transformación que ha sufrido.” (p.28), “¡Con cuánta nostalgia veo hoy la casa convertida en un feo edificio de dos plantas, carente de arte y de buen gusto!” (p.30), “Pienso que la vida era entonces menos presuntuosa,” (p. 34), “¡Cómo el espíritu científico, más bien científicista ha ido haciendo al niño viejo sin haber sabido ser niño!”(p. 39).

La protagonista de esta memoria busca rescatar el pasado y analizar su trayectoria con el propósito de aliviar *la angustia del cambio* al recibir consolución en el recuerdo, pero la obra sirve para validar un sistema político que Tapia condenaba. La obra presenta como tiempo mejor el pasado, un pasado que los estudios históricos de Fernando Picó, Francisco Scarano, Andrés Ramos Matteí, Gervasio García y Ángel Quintero Rivera muestran como un mundo de desigualdades, abusos y arbitrariedades. La obra representa un presente que es desastroso y en esto coincide con el testimonio de un hombre como Bernardo Vega para quien sus experiencias “modernas” como puertorriqueño en Nueva York son una desgracia. Es un tiempo de cambio, de transformaciones y la opción de Sáez es volver a lo que se ha perdido.

Caminos del recuerdo se convierte en alabanza de una época y en llamado a la acción para evitar a toda costa el que las cosas siguieran el camino que llevaban:

“Que nuestras manos no permanezcan inactivas, que nuestra cabeza y nuestro corazón acompañen su laborar y que, aunque reconozcamos que sin pan no vive el hombre, también reconozcamos que para vivir, el hombre necesita algo más que pan.”¹⁰

Es un llamado a preservar los valores que ella asocia con su infancia: valores cristianos y la unión familiar, que ella siente que están desapareciendo. Se ubica en la tradición de Hispanoamérica como lo espiritual, corriente que indica la influencia de *Ariel* de José Rodó.

Al resaltar los valores religiosos vemos el conflicto social que la protagonista vive entre el pasado y el presente. El mundo que Sáez sentía como el modo auténtico de ser se enfrenta a un presente en el que no se encuentra un lugar al que pertenecer. El presente no es un tiempo de bienestar porque carece de los elementos que garantizaban la continuidad de sus privilegios de clase. El pasado va desapareciendo y con él los recuerdos agradables. Se trata del tema de la nostalgia de lo vivido, tan presente, por ejemplo, en la literatura de René Marqués.

El conflicto colonial que *Caminos del recuerdo* refleja se enriquece cuando la comparamos a las memorias de Carmen Luisa Justiniano y a la de Esmeralda Santiago. Aunque en estas dos escritoras la posición desde la que se comunica no es heredada por la pertenencia a un sector social determinado, también se escribe para destacar la “decadencia” del momento en el que les tocó vivir. Las memorias de Justiniano y Santiago ciertamente reflejan la vida de “protagonistas de la historia” en la que los recursos para poder expresarse no estaban a su alcance, pero —en esto notamos una

diferencia importante— de esa “decadencia” se saldrá adelante “con valor y a cómo dé lugar”. No se escribe porque se perteneció a una clase que pierde el control de la isla. En estos dos textos no vemos la nostalgia de querer regresar a un pasado en el que se tuvo el poder. Hay nostalgia sí, pero también hay satisfacción de ver algunos de los sueños realizados.

En Justiniano como en Santiago el acceso a la expresión letrada es el elemento central en su discurso. Para enfatizar la épica del individuo, se escribe en un momento en el que se ha logrado acceder a la letra y se mira hacia atrás, a un momento donde no se la poseía porque se carecía casi de todo. En el caso de Santiago se habla desde el extranjero, donde ya se ha echado raíces y establecido bajo nuevas condiciones materiales e históricas. Justiniano también elabora su memoria fuera de Puerto Rico. En estos casos, la experiencia de emigrar despierta conciencia de la particularidad cultural y social que se vive y se convierte en estímulo para hablar. Es la experiencia de vivir fuera, de descubrirse otro, en un contexto que no es el de la isla, lo que motiva a estas testimoniantes.

A diferencia de Justiniano y Santiago, quienes no nacen en un ambiente letrado — por ejemplo, Justiniano no verá su memoria publicada— Sáez nace en ese ambiente, se desarrolla en él y construye su memoria a partir de los recursos que esa experiencia le brinda. Durante su vida logra proyectarse dentro de ese mundo. Se va a encargar de la educación, de la cultura. Al recordar censura, premia y dicta las normas morales de convivencia. Es notable el propósito de que se favorezca un orden en cierta medida ya desaparecido: su obra muestra el alcance del poder de la Iglesia, del gobierno colonial pasado y de la clase económica pudiente de los dueños de tierra. La obra trata de cómo

se favorece y se resaltan los valores de un modelo que se quiere continuar pero que está bajo presiones que lo van a hacer a la larga cambiar y transformar y que obedecerá a nuevos intereses. La memoria de Sáez entonces busca perpetuar un modelo social, pero no lo logra porque ha habido una ruptura total con las fuerzas que sostenían el modelo pasado.

Además de exaltar la imagen grandiosa del pasado para así lograr una reacción de las nuevas generaciones, también destaca la inhumanidad de los nuevos tiempos. Va, poco a poco, creando una imagen no deseable del presente, de los que niegan el pasado que está lleno de unión familiar, moral cristiana, respeto a la naturaleza y a los valores culturales autóctonos, de tal manera que toda acción para preservar el recuerdo no sólo es válida sino necesaria, imprescindible. En este sentido Sáez recurre a imágenes que contrastan lo feo y lo bello, lo moderno y lo antiguo, lo científico y lo romántico para destacar el valor del pasado. Ella crea un mito:

Nadie, nadie como tú ha tocado la bordonúa y al recordar tu muerte bajo las ruedas de un automóvil, cuando con tu bordonúa, en una Noche Buena, te encaminabas a dar la música a unos amigos en la Irurena, me pareces un símbolo. Puede que seas un mito.¹¹

La pérdida del pasado hace que se refiera al presente como aquello que produce dolor. No ver más los tiempos pasados es como un castigo que a la vez causa una doble reacción de tristeza y de alegría al poder recorrer con la memoria el pasado como si fuera un camino. A la crueldad que ejerce el mundo moderno, Sáez antepone sus recuerdos y figuras como la del Maestro Mele, a quien se refiere la cita anterior. Maestro Mele simboliza lo mejor del pasado e ilumina la violencia del tiempo presente, al morir atropellado por un automóvil.

La pérdida de valores a causa del tiempo presente es el motivo para que ahora no se sea una persona como se era ayer. El tiempo presente se equipara a lo no civilizado, a la brutalidad de los gobernantes en Tapia, o a los salvajes no cristianizados de la conquista. Sáez elabora una justificación ideológica que condena el presente que se vive, no como Tapia, quien condena al pasado por lo que vive en el momento presente y quien murió esperando un momento mejor.

La narradora protagonista da un paso más en el único propósito que le mueve: fortalecer un sistema de valores que se pierde. Primero llama la atención sobre la debilidad y los peligros que se corren hoy día ante la violencia de la modernidad y la falta de “decoro”, de “respeto”, de “formalidad en el trato” y para lograr eso describe al pasado como lugar ideal, da una imagen de él romántica. Una estrategia que le sirve muy bien para reforzar la estructura de poder a la que pertenecía.

Otro aspecto a considerar en la obra de Sáez es que elabora un discurso que sirve para dar cohesión al sistema social hacia adentro. Por un lado, utiliza el discurso humanitario para señalar los peligros que le vienen de afuera y por otro, señala los peligros que se dan adentro. Recordemos el ensayo de Martí “Nuestra América” en el cual el advierte de dos peligros: “el tigre de adentro y el tigre de afuera”. La posibilidad de otra revuelta (tigre de adentro) como a fines de siglo XIX está presente en la memoria. Esta es una escena llena de fuerza y algo que no coincide con la imagen idílica del pasado que la narradora va trazando. De alguna manera, esa escena escapa al equilibrio que esa época debería tener. Si lo que se vivió era como se representa, casi perfecto, entonces, por qué las “turbas”.

El abuso y la corrupción internos son parte de los peligros de esa estructura de poder. El pasado no sufre únicamente en manos del presente, fuerzas que vienen de afuera, que borra todos los “buenos valores”, sufre también por los problemas que de dieron y que no se recuerdan. *Caminos del recuerdo* ayudaría así a descubrir los peligros presentes, tanto los de afuera, como los peligros que están dentro. Los peligros del mundo del pasado en el que ella se movía no escapan de su memoria pero contradictoriamente los enemigos del pasado están en el presente y no en el pasado. El pasado era manejable:

Las turbas campeaban por sus respetos, pasaban por la calle vociferando e insultando. Todo se sufría calladamente, no había a quién acudir y llegó la noche terrible –el ataque a la botica de José Noya Julbe-. No sé cómo mamá se enteró, pero fue el caso que, aparentando serenidad, llamó a Juanito y le dijo: «Toma, llévale a Abelardo este revólver y esta caja de balas y dile que esté alerta que esta noche le toca a él.»¹²

La realidad del pasado es una estructura amenazada en el presente y lo fue en el pasado. Se proyecta más inseguridad en el tiempo presente.

Sáez muy fiel a su posición de maestra, ligada profundamente a una posición letrada, establece la necesidad de proceder con mano firme para rescatar un pasado cuya pérdida ve como un problema. Hay que poner orden adentro y hacia afuera. El orden del pasado, en el que prevalece la Iglesia, debe ser traído al presente. Mientras haya recuerdo activo que busque continuar con las prácticas de un orden establecido existirá una sociedad ideal donde todos tienen su lugar. Pero ese ejercicio del recuerdo activo — el mantener unas estructuras del pasado— no logra imponerse en el presente como lo hizo en el pasado. En el presente son fuerzas ajenas a la estructura de dominio de los españoles o de la Iglesia las que están en control de su momento.

En la narración de Sáez el sujeto está en función de unos valores sociales, no es representado como un agente autónomo. El sujeto está en función de unos valores y de una dinámica social, su actividad está enmarcada en unas prácticas que también sirven para preservar un modo social. Sáez no es totalmente protagonista, queda doblemente marginada porque su voz es suprimida, primero por la realidad social a quien ella le cede toda expresión, y después por la estructura ideológica nueva que no ve en la figura del maestro una figura tan importante como se la veía en el pasado. Por tal motivo, Sáez atestigua el desplazamiento que sufre la figura del maestro.

La protagonista de *Caminos del recuerdo* está en la centralidad de la lucha ideológica y política. Su confianza está puesta en que su obra y su trabajo eviten el olvido del pasado y que al estar presente en la escuela pueda lograr algo de este proyecto. Sin embargo, la escuela misma y la educación como valores de la sociedad y de la cultura han cambiado. Antonia Sáez se ubica en la tradición letrada porque como miembro de un sector social estaba bien enmarcada desde hacía mucho tiempo en esa tradición. Veamos esta escena de *Caminos del recuerdo*:

Sin haberme especializado en español, las circunstancias me encaminaron a su enseñanza. Mis lecturas, la sabia orientación de mamá, los comentarios que en casa hacíamos de lo que se leía, de lo que se oía en el teatro, me habían dado el trasfondo necesario. Además, día a día estaba más enamorada de mi lengua, de su literatura y el entusiasmo de mis discípulos ayudaba también a que mis clases fueran trabajo y diversión a la vez. Ya ni me acordaba siquiera que no era la principal. Tenía una misión mayor que realizar: despertar y cultivar el amor por mi lengua.¹³

En Sáez se dan simultáneamente una ruptura y una continuación de la situación del letrado. Se trata de un miembro de un sector social que tradicionalmente no ejercía la palabra con una función política: es mujer. Por otro lado, sí representa la continuación de

la ciudad letrada existente antes de la invasión del 1898. Continúa con el discurso de lealtad a España que, por ejemplo, en cierto grado caracteriza a la obra de Tapia.

Sáez no escribe para demostrar qué difícil le ha sido vencer las circunstancias, al contrario, “las circunstancias me encaminaron” dice ella en la cita anterior. La oposición de Sáez a la realidad presente no es motivada por su condición de pobre o de mujer sino por la creencia de que ella no es como los nuevos invasores, ella pertenece a una tradición de una gran cultura, de gente de buena posición social que está perdiendo terreno ya que su mundo se ve asediado cultural y económicamente.

En la obra *Caminos del recuerdo* tenemos un excelente ejemplo de la expresión de los valores sociales de una época. Los hijos mantienen la memoria del padre y de la madre y esto les permite mantener un espacio de resistencia y les permite afirmarse en una identidad. El padre y la madre de la protagonista de *Caminos del recuerdo* es el vínculo con lo viejo, con los orígenes. El recuerdo de estas figuras es lo que mantiene viva las tradiciones, especialmente las religiosas, y además es lo que no permite que el nuevo sistema se apropie enteramente de sus conciencias. Pero a pesar de estas resistencias y de estos espacios de autoafirmación en contra de la autoridad y de los cambios de la modernidad bajo el nuevo gobierno, la frustración y la transformación de los protagonistas parece inevitable. El tiempo traiciona a la tradición y el recuerdo de un tiempo pasado mejor no ayuda al establecimiento de una resistencia que permita una vuelta o continuación al estilo de gobierno bajo la España del siglo pasado, a un sistema al estilo monárquico europeo. El país va a experimentar las transformaciones.

La resistencia si bien mantiene un espacio para ella, no es completa. Para Sáez lo apropiado es lo viejo. Ésta quiere preservar lo antiguo, lo pasado, no se identifica con lo

nuevo. Ella continúa la tradición y pretende volver a los tiempos de España. Quiere establecer la vieja autoridad en un contexto de nuevas influencias, y la fidelidad a tradiciones y a creencias está sólo en función de esta intención última. De ahí que el catolicismo se exalte, éste entra muy bien dentro de su plan de preservar un momento. Es precisamente esta traición a la tradición y a lo auténtico, a lo nativo lo que quiere Sáez que veamos.

La obra de Sáez es una reflexión y una afirmación de la herencia hispánica. La pregunta de Sáez es qué nos distingue, qué es lo que nos hace diferentes de los “invasores”, de los nuevos “dominadores”. *Caminos del recuerdo* es un llamado a la identidad y a la autenticidad, pero en el texto el ser nosotros mismos se entiende en gran medida como la continuidad de la condición de la isla bajo el dominio de España.

Notas

¹ Antonia Sáez, *Caminos del recuerdo*. San Juan de Puerto Rico; Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967. p. 162.

² Acevedo, Andino. *¡Qué tiempos aquellos!* Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992.

³ Sáez, *Caminos del recuerdo*. p. 228.

⁴ Louis Althusser, "Ideology and Ideological State Apparatuses" en *Lenin and Philosophy and other Essays*. (New York: Monthly Review Press, 1971). Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. (Hanover, N.H.: Ediciones del Norte, 1984).

⁵ Fernando Picó. *Historia general de Puerto Rico*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1986. p. 225.

⁶ Sáez, *Caminos del recuerdo*. p. 89.

⁷ Sáez, *Caminos del recuerdo*. p. 90.

⁸ Sáez, *Caminos del recuerdo*. p. 133.

⁹ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1989).

¹⁰ Sáez, *Caminos del recuerdo*. p. 194.

¹¹ Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. p. 113.

¹² Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. p. 89.

¹³ Sáez, *Caminos del recuerdo*. p. 162.